

La inmortalidad ética y vocación en

Jorge Caraballo Cordovez

Elias Canetti



Galaxia Gutenberg

A sus seis años, en 1911, Elias Canetti volvió a nacer. Llevaba en cama varias semanas luego de caer en una caldera con agua hirviendo y sufrir quemaduras en todo el cuerpo. La situación era tan grave que el médico de la familia llegó a perder la esperanza de salvar su vida al ver que ningún cuidado lograba restablecer su salud.

En efecto, Elias rozaba la muerte, pero durante su padecimiento se aferró obstinadamente a la vida mediante un miedo: el de no ver nunca más a su padre, que por esos días estaba lejos de Bulgaria. Frecuentemente lo llamaba a gritos y de igual manera les reclamaba a todos por su ausencia. Cuando el padre por fin pudo regresar a casa ocurrió el milagro: “escuché su voz, se acercó por detrás, yo estaba tumbado boca abajo, pronunció mi nombre en voz baja, dio la vuelta a la cama, le miré, puso suavemente su mano sobre mi cabeza, allí estaba él y yo ya no sentía ningún dolor”.

Después del reencuentro sanó rápidamente. El médico aseguró que si su padre no hubiera regresado, él seguramente habría muerto y, según recuerda Canetti en su autobiografía, “acostumbraba a decir que de todos los nacimientos que había conocido, este renacimiento mío había sido el más difícil”.¹

* * *

A mediados de 1924, Canetti se embarcó en Viena con rumbo a Bulgaria, donde pasaría las vacaciones en casa de unos parientes. Acababa de terminar el primer semestre de estudios en Química, carrera que realizaba por presión familiar: su ascendencia materna era de tradición sefardí y proyectaba en él la imagen de un exitoso científico que continuaría y ampliaría la producción de sus negocios. Sin embargo, él se sabía destinado para las letras desde hacía varios años. En la cubierta de aquel barco que descendía por las aguas

del Danubio, Canetti recibió un mensaje que reafirmó su vocación y que definió los fundamentos éticos para el resto de su vida.

Ya le habían dicho que el doctor Menachemoff, el médico que trajo al mundo a él y a sus hermanos, el mismo que lo cuidó durante su escaldadura, también viajaba en la embarcación. De igual manera, el médico estaba informado de la presencia de Elias, el primogénito de Jaques Canetti, quien había muerto de un ataque fulminante al corazón doce años atrás. Una vez se reconocieron entablaron un amable diálogo.

Escribe Canetti:

Me dijo que a veces pensaba en mí con la plena y constante seguridad de que tras la repentina muerte de mi padre, que nadie lograba explicarse, yo sólo podía estudiar medicina, pues aquella muerte era un enigma que me inquietaría hasta el final de mis días. [...] Él

estuvo presente cuando mi padre me salvó la vida al volver a toda prisa de Inglaterra después de aquella horrible escaldadura. Yo le debía mi vida dos veces, añadió, y aunque año y medio más tarde no hubiera podido salvarlo de morir en Manchester, llevaba en mí esta doble deuda para con él y estaba obligado a pagarla salvando otras vidas humanas.²

Durante las conversaciones que mantuvieron en el viaje, Canetti advirtió que el doctor no concebía la posibilidad de que él tuviera una vocación distinta a la medicina. Nunca le preguntó qué estudiaba, y él, por su parte, se cuidó de mencionar la química o de revelar su intención de ser escritor. A Menachemoff esta reserva pareció tenerlo sin cuidado; en realidad ya sabía que Elias estudiaba química, pero también fue prudente y se lo guardó: antes que médico lo quería libre.

Cuando finalmente separaron sus caminos, el doctor se despidió de Canetti con “palabras que sonaron a mandamiento”:

“No olvides lo que espero de ti”, tras lo cual añadió con firmeza: “Y no dejes que nadie te aparte de tus objetivos, ¿me oyes?, ¡nadie!”.³

* * *

“El objetivo serio y concreto, la meta declarada y explícita de mi vida es conseguir la inmortalidad para los hombres”, apuntó Canetti en un cuaderno de 1943.

* * *

Nada pudo desviar a Canetti de su vocación por la escritura, ni siquiera el poder de su madre. Una noche de 1925, en la víspera de sus veinte años, Elias se rebeló abiertamente contra ella y las expectativas de su familia. Dejó en claro su aborrecimiento por los negocios y la tiranía del dinero, palabra en la que para él “se concentraban toda la opresión y toda la mezquindad espiritual del mundo”.⁴

Ya su padre —al igual que lo haría años más tarde el médico en el Danubio—, lo había incitado a tomar en libertad las decisiones de su vida: “Serás lo que tú quieras. No tienes por qué ser comerciante”, le dijo en un paseo poco tiempo antes de morir.

Intuyo que en esa noche de rebeldía fueron esas palabras —las del padre y las del médico— las que le confirieron valor para enfrentarse a su madre y declarar que su vida estaba irrevocablemente en la escritura. Es significativo que tan sólo dos semanas más tarde, alejado de su casa, empezó a llenar los primeros renglones de lo que se convertiría en *Masa y poder*.

En *La antorcha al oído*, Canetti asegura que por esos días consiguió su independencia como persona. Esta experiencia es trascendental en su vida y en su obra, porque vivió la liberación de un poder subyugante, aprendió a fugarse de sus garras. El resultado de esta victoria anima las palabras de cada uno de sus textos.

* * *

[...] Más allá de cualquier moral albergo un sentimiento indeciblemente fuerte, omnipotente, del carácter sagrado de cada vida, sí, de todas y cada una de ellas. Y contra él se estrella el ataque más burdo, así como el más refinado.⁵

* * *

Tal vez el doctor Menachemoff acertó al sostener que la súbita y enigmática muerte de su padre sería la duda de sus dudas, la que intentaría resolver independientemente de su profesión. Lo que parece cierto es que Canetti nunca olvidó lo que se esperaba de él: el interés por salvar sin distinción cada una de las vidas humanas. Cumplió ese mandamiento, pero en su libertad escogió hacerlo desde la palabra.

Por medio del lenguaje Canetti rechazó y se enfrentó a la muerte y al poder (su principal ejecutor). La palabra fue su herramienta, tanto para tratar de entender la muerte y así eludirla, como para celebrar la vida y potenciarla.

Sin embargo, es compleja la relación con las palabras cuando se las quiere poner en función de la vida y en contra de la muerte. Para eso se debe ser consciente de cada una de ellas, utilizarlas con seriedad, permitirles que se sostengan por sí solas, esterilizarlas del sujeto y su poder. Esa misión exige una ética estricta, una serie de principios innegociables que la protejan de las amenazas que naturalmente genera. Cualquier inconsistencia entre esta ética y la profesión de escritor mina fatalmente la obra y hace inútiles sus esfuerzos. Canetti lo entendió bien: si quería desentrañar el poder tenía que cuidarse de no ejercerlo, de no alojarlo.

* * *

En un ensayo titulado “Lenguaje y violencia entre Benjamin y Canetti”, el filósofo italiano Roberto Espósito expone la relación íntima que Canetti reconoce entre lenguaje y poder. Según su lectura, para Canetti “el poder en su aspecto más violento y mortífero no sólo invade por todos lados el lenguaje del mundo, sino que llega a coincidir íntegramente con él. [...] Poder y lenguaje son en último término lo mismo, en cuanto que no dejan ningún espacio alternativo o simplemente diferencial”.⁶

Más adelante, explica dos motivos por los que el mismo Canetti, en *La provincia del hombre*, cuestiona la efectividad de sus esfuerzos por desenmascarar el poder. El primero de ellos es que para derrotar el poder es necesario un poder más fuerte, pero poder al fin y al cabo. El segundo motivo “tal vez aún más intrínseco, que impide hablar en contra del poder, es que la palabra en sí misma ha sido desde siempre poder”.⁷

Ambos motivos son desalentadores. Es como si decretaran la imposibilidad de combatir la muerte y

salvar la vida con palabras. Parecen órdenes a la resignación. Sin embargo, hay que recordar que el mismo Canetti identificó esos riesgos y los denunció, pero nunca dejó de escribir. En esa decisión de seguir escribiendo reposa la confianza en que sus palabras no hacían parte del lenguaje poderoso: de lo contrario hubiera sido probable que se fugara en el silencio.

En todo caso, resulta paradójico que haya hablado del poder con las palabras que lo detentan. ¿Cómo las independizó de la muerte?

* * *

“Resulta fácil combatirte. En cuanto se sabe que un enfermo grave no tiene salvación, todo lo demás que se haga por él parecerá un desperdicio absurdo impuesto a los vivos. En este campo de batalla se piensa cuando se habla de lucha contra la muerte. Pero esto no es en absoluto aquello a lo que me refiero. Yo me estoy refiriendo a una *convicción* falsa que encontramos también en la gente sana: una *división* en vida y muerte, como si ambas tuvieran los mismos derechos. Es esta actitud, que confiere a la muerte el prestigio de la vida. Su equiparación es un falseamiento, y es alimentada por esos tipos de creencias que adscriben cada vez más vida a los muertos [...]”.⁸

* * *

El lenguaje del poder se basa en la lógica de identidad. Ordena, juzga, clasifica, conceptualiza, determina, exige un sentido a sus palabras, las somete al discurso que se quiere construir. Este tipo de lenguaje abunda en la filosofía occidental.



El español Antonio Campillo resume la frecuente animadversión hacia los filósofos que Canetti registra en sus libros de apuntes:

Canetti no cesa de criticar a “los filósofos”: les reprocha su “vaciamiento” de la realidad y variedad del mundo mediante unos pocos conceptos abstractos, su pretensión de construir con esos conceptos un “sistema” cerrado y definitivo, su agrupación en “escuelas” que polemizan entre sí mediante luchas dialécticas, su sumisión ante la supuesta “necesidad” del poder y la muerte, su incapacidad para comprender el carácter “singular”, inagotable y sagrado de cada vida humana, y, por último, la seguridad con que argumentan, demuestran y “juzgan”, emitiendo veredictos tan inapelables como una sentencia de muerte.⁹

¿Cómo entonces pudo Canetti hacer un extenso estudio sobre la masa y el poder, por ejemplo, sin cometer aquello que critica a la filosofía tradicional?

Él estaba convencido de que el mayor logro de *Masa y poder* radicaría en su forma. Desarrolló un estilo que pudo hablar del poder sin caer en los errores que impedían mirarlo desde una perspectiva externa.

Su ética le sirvió para afinar pensamiento y estilo. En *Masa y poder* la forma de escribir y presentar los contenidos es respetuosa con la singularidad de cada uno de ellos. Canetti no es autor por inventar o ser causa de lo que hay en el libro; por el contrario, evita apropiarse de lo que descubre. Si es autor lo es, sobre todo, de una forma original de mirar dos fenómenos trascendentales en el ser humano; o que tal vez no es original, sino que había sido olvidada tras siglos y siglos de filosofía metódica.

Las características de *Masa y poder* ilustran sus principios frente a la escritura. No se trata de un libro cerrado ni de un sistema ordenado hacia la comprobación de hipótesis *a priori*, por eso presenta los contenidos en fragmentos cortos e independientes. Cede su voz a los acontecimientos y fenómenos para que sean descritos por ellos mismos y por quienes los han vivido; Canetti los indica, no los toca, y evita relacionarlos a su voluntad. A lo largo de todo el texto, las imágenes reemplazan el concepto. Su arquitectura permite una lectura libre y desordenada. Es un libro que no se dejará de escribir.

Acerca del proceso que siguió para realizar este texto de género inefable, Canetti apuntó en *La provincia del hombre*:

El que quiera realmente encontrar algo nuevo debe evitar cualquier método de investigación. [...] El proceso originario se distingue por una libertad y una indeterminación absolutas; y uno no puede tener la más mínima idea de la dirección de su movimiento cuando éste se produce por primera vez. La responsabilidad está en el hombre entero y no en esta empresa particular.¹⁰

* * *

No interrogar la realidad: es muda y se corre el riesgo de inventar respuestas. No atacarla con conceptos: así se extingue la vida y su diferencia. No darle órdenes a las cosas: son impenetrables. No tratar de desenmascarar la naturaleza: sus secretos son todos los que podemos ver. No sistematizarla: eso supone en el humano un poder creador sobre ella, un poder ilusorio.

Esas podrían ser algunas de las prohibiciones que se pone el escritor que quiere marginar a la muerte de sus palabras.

* * *

Encuentro similitudes entre la ética de Canetti y la que se desprende de los poemas de Alberto Caieiro, heterónimo de Fernando Pessoa.

En su libro titulado *La nada luminosa: Fernando Pessoa un poeta de la naturaleza*, el filósofo y poeta colombiano Carlos Vásquez dedica uno de los ensayos a escribir sobre la ética de Caieiro: “¿Una ética? No querer que las cosas sean distintas. Por el contrario, no son sino lo que son. Y uno se comporta éticamente si no hace nada para cambiarlas”.¹¹

Vásquez dice que desde la filosofía y la poesía se procura insistentemente en corregir y alterar el mundo. Esta actitud de inconformidad surge de la brecha que se supone entre el ser y el deber (“uno cree que las cosas no son como deben”), y su consecuencia es fatal, “como el propio Caieiro señala, esa actitud lleva por necesidad a la guerra”.¹²

Pero la guerra inflige la muerte.

Y la muerte es el desprecio del universo por nosotros.

Que tiene como consecuencia la muerte, la guerra prueba que es falsa.

Siendo falsa, prueba que es falso el querer-alterar.

Dejemos el universo exterior y a los demás hombres donde la Naturaleza los puso.¹³

Para excluir a la violencia y a la muerte de sus versos, para evitar arrogarse cualquier poder sobre la realidad (poder que Pessoa rechaza con tanta vehemencia como Canetti), Caieiro se contenta en sus poemas con nombrar las cosas, con respetar su existencia, con darles palabras que encajen exactamente en ellas y no violen su singularidad.

Pero esta ética frente a la realidad es escasa. Lo normal ha sido lo opuesto a ella que, en palabras de Vásquez, parte de “la creencia metafísica que el mundo está lleno de significaciones. Que hay lazos de sentido entre las cosas. Y entre ellas y el hombre. / Para que eso sea posible se necesita un sujeto capaz de llenar de sentido el mundo que vive. Que sepa apoderarse de las cosas y transformarlas. Un yo activo y creativo. Un legislador. / Eso es un invento. [...] / ¿Qué pasa con Caieiro? Todo eso se desmonta. Hay que superar el error de la filosofía. Dejar atrás ese juego inventado. ¿Con qué condición? Dejar de tratar las cosas como útiles”.¹⁴

Cada verso de Caieiro y cada libro de Canetti son coherentes con esa convicción. Comparten una mirada respetuosa, que no desea cambiar, que se regocija en la multiplicidad de la vida.

La asombrosa realidad de las cosas

es mi descubrimiento de cada día.

Cada cosa es lo que es,

y es difícil explicarle a alguien cuánto me alegra esto y cuánto me basta.¹⁵

Canetti afianzó esta forma de observar al lado de Isaak Babel, con quien compartió los últimos días de una vertiginosa estadía en Berlín en 1928. En Babel encontró a un escritor indiferente a la fama y el nombre, alejado de la charlatanería y la vanidad; un escritor consciente del carácter sagrado de la literatura y abierto a aprender de cada ser humano:

De Babel aprendí que podemos observar mucho tiempo a alguien sin enterarnos de nada; que sólo bastante después es posible decidir si sabemos algo sobre un ser humano, vale decir, cuando lo hemos perdido de vista; que, sin embargo, y pese a no saber aún nada, podemos retener perfectamente cuanto vemos o escuchamos, que las cosas, intactas e impolutas, reposan en el interior de uno mismo mientras no abusemos de ellas para divertir a los demás.¹⁶

Y añade Canetti sobre la actitud que tenía Babel frente a ese aprendizaje:

Para estudiar a los hombres no necesitaba de ningún pretexto, ni el de la ampliación de un campo de conocimientos, ni el de alguna utilidad, propósito u objetivos concretos. [...] Su información sobre la gente no dependía de que le resultase agradable, penosa o desalentadora: tenía que estudiar al ser humano.¹⁷

* * *

Quiero saber de los hombres más de lo que todo el mundo, incluso los poetas, han sabido hasta hoy. Por esto tengo que abismarme en los pocos hombres que tengo, como si tuviera la obligación de hacerlos hasta en el más mínimo detalle; como si de no ser por mí no pudieran vivir; como si mi palabra fuera su respiración; mi amor, su corazón; mi espíritu, sus pensamientos [...].¹⁸

* * *

Ante el poder de la muerte, Canetti rescató el valor de la metamorfosis, una capacidad que tiene todo ser humano y a la que, según él, le debemos lo mejor de nosotros mismos. En *Masa y poder* la estudia con detenimiento, aunque reconoce que es una materia difícil y de la que poco se sabe.

En resumen, la metamorfosis es el proceso y resultado de un cuerpo que se identifica con otro. Es sentir en uno lo que siente otro, tanto física como anímicamente. Es un saltar del individuo a lo diferente (un animal, otro ser humano) y convertirse temporalmente en ello. Es “vivir experiencias ajenas desde dentro”. Se trata de una comunicación que prescinde del lenguaje y que permite un conocimiento desde la sensación, sin intermediaciones ni deformidades. Canetti la considera el único acceso real a otro ser humano.

Una vez terminado *Masa y poder*, Canetti pensó en escribir un segundo volumen donde estudiaría más ampliamente tal fenómeno. Aunque al parecer esa continuación nunca se realizó, la metamorfosis apareció reiteradamente en sus textos y apuntes posteriores como un asunto relevante y urgente.

En *La profesión de escritor*, un bello discurso donde plasmó su ética, Canetti prioriza la metamorfosis sobre cualquier otra tarea de aquel que se dedica a la escritura. La ubica como su responsabilidad suprema. Es imperativo y vehemente en el llamado que hace a

quien quiera merecer el título de escritor: debe ser “custodio de las metamorfosis” en un mundo que las ha ido relegando.

La riqueza de la vida se compone por la singularidad de cada una de sus manifestaciones. Sin embargo, el poder trata de uniformizar y restringir lo múltiple, permitiendo únicamente las metamorfosis que le son útiles para fortalecerse, conservar su posición y protegerse de cualquier amenaza. De esa manera extingue lo auténtico y le da muerte a lo que no apunte al éxito de sus propósitos.

Canetti denuncia un mundo “consagrado al rendimiento y a la especialización”, donde la metamorfosis no tiene cabida “por considerarla contraria al objetivo único y universal de la producción”.¹⁹ Todo lo que no conduzca a esa meta es rechazado y condenado. Esa delimitación de la metamorfosis provocada por el poderoso se lleva a cabo mediante un proceso que Canetti llama “antimetamorfosis”, que no es más que el desenmascaramiento de las transformaciones que él no ha autorizado. Escribe en *Masa y poder*:

La antimetamorfosis lleva, por acumulación, a una reducción del mundo. No se da ningún valor a la riqueza de sus manifestaciones, y toda multiplicidad resulta sospechosa. Todas las hojas son iguales y están secas, ya son polvo; todos los rayos se extinguen en una noche hostil.²⁰

De cara a este aciago panorama, el escritor debe oponerse y reivindicar lo unívoco de cada ser. ¿Cómo? Nombrándolo y viviéndolo. En una de sus canciones, Joaquín Sabina expresa admirablemente ese anhelo: “Partiré de viaje enseguida / a vivir otras vidas / a probarme otros nombres / a colarme en el traje y la piel / de todos los hombres”. Para Canetti, ésa es la profesión de quien escribe.

En el discurso mencionado propone dos tareas principales para lograrlo. En primer lugar, preservar la “herencia espiritual inagotable” que las comunidades primitivas han legado a través de su tradición oral, pues en ella se conserva intacta la experiencia mítica —que hoy ha sido olvidada—, y su práctica de la metamorfosis “gracias a la cual el ser humano se ha ido formando”.

En segundo lugar, los escritores deben ser unos apasionados por la metamorfosis, por experimentar las vidas ajenas espontánea y desinteresadamente:

“Deberían poder metamorfosearse en cualquier ser, incluso el más ínfimo, el más ingenuo o impotente”.²¹

El escritor debe abrir espacio para que habiten en él los personajes que provienen de sus lecturas o de su alrededor, así se podrá metamorfosear en ellos. Debe ser anfitrión e invitado al mismo tiempo. El valor de estos personajes que va acumulando radica en que “por el hecho de *vivir* en él, [son] su oposición contra la muerte”.

La tarea de velar por la fluidez de las metamorfosis, de practicarlas e inducir las, apunta a inmortalizar la vida. La última metamorfosis —dice Canetti— es la de “transformarse en lo comido”, y, “para evitarla todos los seres vivos escapan bajo la apariencia que sea”.²² el escritor ofrecerá todas sus metamorfosis para que nunca se llegue a ésa.

* * *

“No me interesa su abolición, que según parece es imposible. Me interesa la *proscripción* de la muerte”.²³

* * *

Canetti no es ingenuo. La suya no es una batalla contra la duración de la vida, sino contra “el efecto mismo de la muerte, que envenena”.²⁴ Este efecto es como una sombra sin cuerpo que cubre lo vivo; es una idea falsa que lo amenaza, manipula y sabotea por su carácter terminante. En estricto sentido, nadie conoce la muerte, sin embargo, la sombra de su idea condiciona terriblemente la existencia.

Las consecuencias de la muerte en lo que está vivo son producto de un artificio que se ha aceptado y al que se han sometido los seres humanos. Es contra ese artificio que Canetti lucha. Desterrar a la muerte del lenguaje, de la humanidad. Quitarle su nombre. No se morirá a partir del día en que se extinga ese verbo.

Canetti lucha contra el dejarse morir por una promesa de vida futura; contra el deseo y la necesidad de la muerte de otros para acrecentar el poder (la actitud del superviviente); contra la idea de la muerte como solución; contra la vida determinada por un orden y una única tarea; contra las generalizaciones que producen el lenguaje y el poder; contra el aferramiento obstinado a la identidad y al nombre, al éxito y la fama, porque se desecha todo lo que no contribuya a su conservación; contra la búsqueda de un sentido, porque ya se tiene preestablecido un fin.

Luego de haber recibido dos veces la vida, Canetti conservó la convicción de que se podía vivir por siempre en ella. Guardó la esperanza de que llegaría el día en que ni siquiera los muertos morirían, de que las mentiras de la muerte se podrían disolver. Esa fue la responsabilidad que asumió como escritor, la tarea de la que nunca desistió, y el mensaje que entregó a la humanidad con su obra: una obra que llega con el mismo amor con el que llegó su padre a salvarlo a los seis años. ■

Jorge Caraballo Cordovez (Colombia)

Estudiante de Periodismo de la Universidad de Antioquia.

Notas

- 1 Elias Canetti. *La lengua absuelta*. Barcelona: Muchnik editores, 2007, p. 48.
- 2 Elias Canetti. *La antorcha al oído*. Barcelona: DeBolsillo, 2007, p. 110.
- 3 *Ibid.*, p. 113.
- 4 *Ibid.*, p. 167.
- 5 Elias Canetti. *El suplicio de las moscas*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1994, p. 27.
- 6 Roberto Esposito. “Lenguaje y violencia entre Benjamin y Canetti”. En: *Daimon. Revista de filosofía*, 38, p. 65.
- 7 *Ibid.*, p. 67.
- 8 Elias Canetti. *Libro de los muertos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2010, p. 157.
- 9 Antonio Campillo. “El enemigo de la muerte: poder y responsabilidad en Elias Canetti”. En: *Daimon. Revista de filosofía*, 38, p. 79.
- 10 Elias Canetti. *La provincia del hombre*. Madrid: Taurus, 1982, p. 139.
- 11 Carlos Vásquez. *La nada luminosa: Fernando Pessoa un poeta de la naturaleza*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2009, p. 102.
- 12 *Ibid.*, p. 103.
- 13 Fernando Pessoa. *Poesías completas de Alberto Caieiro*. Valencia: Pretextos, 2005, p. 299.
- 14 Carlos Vásquez. *Op. Cit.*, p. 113.
- 15 Fernando Pessoa. *Op. Cit.*, p. 235.
- 16 Elias Canetti. *La antorcha al oído*, p. 345.
- 17 *Ibid.*, p. 346.
- 18 Elias Canetti. *La provincia del hombre*. p. 58.
- 19 Elias Canetti. *La conciencia de las palabras*. México: FCE, 2001, p. 357.
- 20 Elias Canetti. *Masa y poder*. Barcelona: DeBolsillo, 2006, p. 542.
- 21 Elias Canetti. *La conciencia de las palabras*. p. 357.
- 22 Elias Canetti. *Masa y poder*. p. 501.
- 23 Elias Canetti. *Libro de los muertos*, p. 151.
- 24 *Ibid.*, p. 157.